

PARTICIPACIÓN: EN CAMINO HACIA UNA CO-GOBERNANZA FRATERNA

Alberto Ivern¹

DOI: <https://doi.org/10.47306/978-65-88213-16-2.162-176>

Sumario: 1 Introducción: la participación como camino; 2 Co-gobernanza: surcos y semillas de una experiencia invisibilizada; 3 Participación/comunicación: la construcción social del sentido; 4 Consideraciones finales; Referencias.

1 INTRODUCCIÓN: la participación como camino

Según Del Percio (2014) la fraternidad obliga al acuerdo entre iguales, sin la tutela de un Padre. De todos modos en el presente contexto sociocultural, donde el verdadero documento de identidad parece ser la tarjeta de crédito, lo único que suele reconocerse como “lógico” o “razonable” es la ambición individualista por acumular divisas en un proceso creciente de mercantilización que ubica al *otro* como alguien de quien servirse o a quién descartar. El largo camino hacia un horizonte de cogobernanza fraterna puede sin embargo imaginarse si comenzamos por ese primer paso que es la experiencia de participar. Experiencia que debiera ocurrir preferentemente en los primeros años de vida.

Experimentar no es sinónimo de “experimento”. Al contrario de algo externo al sujeto, previsto y controlado, para ser repetido a voluntad, la experiencia es algo que ocurre en el sujeto y lo transforma. En este caso hablamos de una experiencia de participación que nos vuelva participativos, es decir, en términos de Larrosa (2013): como algo que nos acontece, que se padece (de pasión).

La “ex” de experiencia ya nos sugiere salir de sí mismo, hacia los bordes de lo conocido, más allá del “círculo de baba”². “Per” hace referencia a un camino o viaje y “periri” es probar algo nuevo. Todo lo cual no está exento de algún peligro. De repente se

¹ Licenciado en Ciencias de la Educación. Licenciado en Doctrina Social de la Iglesia. Magister en Comunicación/Educación. Tesis: “Cuerpo y Narrativas Docentes: *investigación analítica desde el campo Comunicación/Educación*. Profesor de Filosofía. Docente de pos grado en Universidad Nacional de La Plata. Autor de libros, Actor. E-mail: alivern49@yahoo.com

² Expresión oriental que refiere al círculo de baba que el sapo traza entorno a la víbora para que ésta no lo devore. La víbora no logra encontrar una salida y queda bloqueada en el círculo. La víbora simboliza la creatividad mientras el sapo representa lo instituido. El círculo es el horizonte de sentidos conocido.

empieza a pensar desde puntos de vista a los que no se había tenido acceso antes, se empieza a palpar por sentimientos que nunca se habían tenido, se recupera el sentido original de algunas palabras que hasta ese momento sólo se habían pronunciado mecánicamente, de pronto se visualiza esa pauta que todo lo conecta, y “nos cae la ficha” de algo que tantas veces nos habían explicado y no habíamos comprendido... y ante semejante conmoción ¡nos atrevemos a cambiar de creencia!., concebimos la participación como algo posible y la hacemos posible.

La experiencia de participación supera la mera donación de sí hacia un otro y toda forma de caridad unilateral de un benefactor hacia un beneficiario. Supone el reconocimiento del otro como interlocutor válido y por lo tanto la posibilidad de “dialogar” con otros, es decir co-producir alumbramientos desde el *entre* de un nosotros interactivo (IVERN, 2007a). Ello ocurre con más frecuencia de lo que podría suponerse, cada vez que un diálogo no es un mero intercambio de opiniones sino la oportunidad de cambiar de opinión a partir de la mutua afectación de las creencias previas en la fragua de una conversación.

Participar es co-participar, es estar siendo parte activa, inter-activa. De ningún modo significa ser incluido en una lista de indigentes a ayudar ni de alumnos a formatear. Es poder sentarse en la mesa de discusiones para aportar el propio punto de vista en la co-producción de nuevos sentidos y de nuevos conocimientos y sentarse en la mesa de las decisiones para co-incidir en las estrategias de producción y distribución equitativa de bienes y servicios co-producidos.

Solo la participación produce esa *mutua representación interna* de lo que se está siendo-con-otros, de lo que se está haciendo con otros, del porqué y para qué de los diversos roles, es decir de las diferentes opciones de participación. Cuando todos los miembros de una comunidad comparten una misma representación interna de lo que están siendo y haciendo con otros, sienten que están interactuando, co-actuando, co-creando, compartiendo un proyecto el cual, por ser fruto de una práctica cotidiana de participación, resultará re-creador de muchos mundos posibles e inclusivos: “un mundo donde quepan muchos mundos” y no una pertenencia exclusiva, definitiva y excluyente.

En el caso de la experiencia de participar, la transformación personal y comunitaria coincide además con una “metamorfosis” en el sentido que le da Morin (2010) al término. Al modo como un gusano se convierte en mariposa, la participación nos convierte –personal y comunitariamente- en ese totalmente otro que ya potencialmente somos. Al decir de Kusch (1962) nunca se es solos, siempre se es con otros. La plenitud de ese estar siendo con otros es lo que llamaríamos comunión, cuya dinámica interna es la participación, la interacción, el

mutuo reconocimiento, la reciprocidad positiva donde la integración nos vuelve íntegramente humanos.

Participar es descubrir que los otros no son quienes limitan mi libertad sino aquellos con quienes puedo emprender un proyecto de liberación. La propia singularidad se vuelve aporte, don de sí para otros, adquiriendo de ese modo su verdadera significatividad, como una frase en su contexto. La propia iniciativa articulada en un proyecto comunitario compartido, deja de ser esa ola efímera para convertirse en una ola de un mar incansable.

La humanidad ha transitado por el camino de una igualdad sin fraternidad alienando las singularidades y asimismo por el camino de una libertad sin fraternidad desconociendo la relacionalidad, destruyendo la reciprocidad. Ambos paradigmas deben ser reformulados desde la fraternidad. Pero ésta también necesita explicitarse como participación, como reciprocidad, como relacionalidad, como autopoiesis...para no desbarrancar hacia cualquiera de esos dos abismos.

En resumen: por una parte la co-gobernanza se hará posible entre sujetos que se reconozcan recíprocamente como inter-necesarios e inter-necesitados, co-imprescindibles, tal como se conciben a sí mismos nuestros pueblos originarios:

¡Nadie puede comer solo, nadie puede vivir solo, nadie puede pensar para sí solo... todos nos tenemos que dar la mano, todos somos hijos y nietos de la Madre Tierra!, cantaron los animales de la selva en la fiesta de los árboles³

Por otra parte la co-gobernanza se hará posible entre sujetos que se reconozcan recíprocamente como interlocutores válidos respetando sus diferencias, sus singularidades y por ello capaces de re-crear permanentemente el sentido y significado del convivir, del co-existir. Capaces de administrar comunitariamente los recuerdos y los olvidos es decir de lo que se ha de recordar y celebrar, de lo que se ha de conmemorar, de lo que se ha de recordar para no repetir, etc.

Este breve artículo sólo pretende comenzar a señalar algunos desafíos, oportunidades y urgencias para que esta experiencia de participar sea reconocida, estimulada y valorada hoy, en una ciudad, como el trigo entre la cizaña del egocentrismo y la mercantilización. Reconocerla porque existe, estimularla porque es posible y urgente hacerlo, valorarla porque sin ella la co-gobernanza podría convertirse en un peligroso espejismo entre dos “cantos de sirenas” igualmente fatales.

³ Relato de la creación que el maestro Igwana-biginia le refiere a Aiban Wagua, Kuna de Panamá, y que éste refiere en “Diálogo religioso, caso Kuna”, en Fe y Pueblo, N° 3, 2da época, La Paz, Julio de 2003

2 CO-GOBERNANZA: SURCOS Y SEMILLAS DE UNA EXPERIENCIA INVISIBILIZADA

La construcción de una co-gobernanza fraterna podría comenzar por el reconocimiento de surcos y semillas de dicha experiencia en los márgenes de la historia oficial.

A partir de unas históricas jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 en Argentina surgió un movimiento de “asambleas barriales” (IVERN, 2007b), definido por Gustavo Vera, maestro de grado e integrante de la asamblea de Parque Avellaneda como:

Embriones de poder alternativo basados en la democracia directa donde se comienza a reconstruir la memoria popular dormida, a enlazar la experiencia de generaciones y a tejer nuevamente los lazos de solidaridad social profundamente dañados y atomizados durante la década del noventa”

Hacia finales de 2001 se realizaron sesenta y seis marchas por día hacia la casa de gobierno. Esas marchas y demás actividades eran decididas por grupos de vecinos en asambleas. Se marchaba haciendo sonar cacerolas, cortando calles con fogatas y gritando: “que se vayan todos”, actividades que según Galup contaban con un 80% de aprobación en la población. Por efecto de esas movilizaciones cayeron el superministro de economía y cuatro presidentes elegidos sucesivamente para reemplazar al que renunciaba. La intención de los asambleístas –vecinos auto-convocados y reunidos en las esquinas, en bares, en patios o plazas..- no era convertirse en gobierno, sino ejercer el derecho a representarse a sí mismos, deliberar directamente con otros vecinos. La popular consigna “que se vayan todos” los incluía: cada vecino equivalía a un voto, pues sólo se representaba a sí mismo, sin la pretensión de representar a otros. En marzo de 2002 ya existían en el país, doscientas setenta y dos “asambleas barriales”. Investigadores de diferentes países del mundo venían a entrevistar a los inesperados protagonistas. La prensa local, hegemónica, tardó en cambio más de un año y medio en darles un espacio en sus editoriales y en utilizar la palabra “asambleas” para referirse al fenómeno. Normalmente hablaban de “los ahorristas”, “caceroleros” o “piqueteros”, haciendo referencia en el primer caso a los ahorros en dólares que el gobierno había incautado en los bancos, en el segundo caso al instrumento de percusión más utilizado y en el tercer caso a otro movimiento, simultáneo al asambleario, así denominado por la estrategia de hacer piquetes para hacer visible sus reclamos.

Junto con las Asambleas barriales, y los piqueteros, surgió el movimiento de fábricas y empresas recuperadas por los trabajadores. Eran trabajadores que de pronto se quedaban sin empleo porque los dueños de las fábricas o empresas las declaraban inviables. Los trabajadores las ocuparon y se organizaron aprendiendo y ejercitándose en roles que nunca

antes habían desempeñado. En asambleas decidían cada paso a seguir de modo que todos sabían por qué y para qué estaban luchando antes de abocarse a las diversas tareas, logrando en la inmensa mayoría de los casos hacer viable el proyecto. Crearon incluso un banco para ayudarse entre todas, ya que los bancos no los consideraban sujetos de crédito. Sólo en la ciudad de Buenos Aires ya existían en 2004, es decir en el lapso de 2 años, más de 20 empresas recuperadas por sus trabajadores: entre ellas, cinco gráficas, cuatro alimenticias, tres educativas, dos de servicios de salud, dos textiles, dos metalúrgicas o industriales, una carpintería, una de hotelería, una estación de servicios...en fin, de todos los rubros imaginables y distribuidas en distintos barrios.

Mientras tanto se escuchaban otras movilizaciones en todo el mundo. En agosto de 2003 se crean las “juntas del Buen Gobierno” en unos municipios autónomos llamados “caracoles zapatistas” en México, donde se ejercitan en el “mandar obedeciendo”, es decir que el rol de gobernar no es un derecho de imponerse al pueblo sino el deber de poner en práctica lo resuelto por el pueblo reunido en asamblea, al punto que se dio el caso de que algunos fueron puestos en ese rol de tener que gobernar para cumplir condenas por delitos cometidos.

En Brasil vimos crecer a uno de los movimientos sociales de mayor embergadura que hayan existido: el movimiento de los “sin tierra”, surgido desde la pastoral de la tierra de la Iglesia Católica pero luego desarrollado por sí mismo con sus propias estrategias de supervivencia y con un sistema propio para la educación de los niños, convidados a co-producir el aprendizaje como sujetos activos.

Esa misma dinámica de auto organización autopoietica, puede verse constantemente en dimensiones más acotadas en un barrio –por lo general de gente muy humilde y de escasos recursos- donde todos comparten solidariamente los recursos disponibles, se organizan ollas populares para garantizar los alimentos, etc. y a partir de la participación en la organización de dichas actividades, se sienten contenidos a sí mismos por sí mismos. El movimiento de trabajadores desocupados (MTD) logró convertir barrios enteros en polos productivos uniendo los escasos subsidios por desempleo que cada uno recibía y auto-organizándose para que sus hijos no padecieran hambre. Quienes participamos en sus asambleas pudimos escuchar que hablaban de “nuestros pibes” no para referirse a sus propios hijos sino a los hijos de todas las familias de sus barrios.

Personalmente tomé parte en un proceso de preservación del barrio “El Ceibo” en la localidad de Olivos, provincia de Buenos Aires. A raíz de un mega proyecto inmobiliario, anunciado como su principal promesa de campaña, para su re-elección, por parte del

intendente y en el que estaban involucrados grandes inversores, personajes famosos de la televisión y funcionarios de gobierno, el barrio iba a desaparecer. Exactamente por ese lugar donde estaba emplazado pasaría una autopista, lo cual convertiría a la zona en la más cotizada por la vista directa al río... “Con razón” –me explicaban los vecinos angustiados-, no nos querían dar la conexión cloacal!”. Luego que ellos habían ganado ese espacio al río, habían construido sus viviendas y en vano estaban esperando que les conectaran las cañerías de los desagües cloacales. Por supuesto que las empresas inmobiliarias ya habían empezado a ofrecer dinero a algunos vecinos de El Ceibo, para que se fueran de allí y otros habían recibido amenazas de desalojos compulsivos. Pero por fortuna el barrio logró unirse, autoconvocarse y organizarse para encarar juntos el problema común. No tardaron en aparecer diferentes recursos y propuestas, desde una murga de chicos que saldrían a cantar/denunciar lo que les estaba pasando, hasta contactos con radios barriales, y con abogados dedicados a este tipo de conflictos. Unos meses después el barrio había sido recuperado, el intendente perdió las elecciones y varios famosos fueron acusados por delitos vinculados a la propiedad. Pero lo que me pareció más destacable fue constatar cómo ese barrio pudo “co-gobernar” su propia suerte, mediante la participación de todos y cómo en ese proceso participativo lograron coincidir en la mutua representación interna de lo que estaban siendo con otros lo cual daba sentido a lo que estaban haciendo juntos, a partir de las ideas que se iban alumbrando desde el “entre” de ese nosotros interactivo.

En contraposición a estas experiencias que ubico como indicios de incipientes ensayos de co gobernanza, participé con otros vecinos de la ciudad autónoma de Buenos Aires de una decepcionante experiencia. Tan decepcionante como enorme había sido la expectativa creada por la “ley de comunas” prevista en la constitución de esta ciudad. Ese mega proyecto de (supuesta) participación popular que había adquirido fuerza de ley, preveía una participación directa de los vecinos para decidir las prioridades de sus respectivas comunas. Pero hasta el momento nada de ello ocurrió. Ya antes de la presente pandemia, todo se redujo a elecciones de supuestos representantes que eran en realidad miembros de los partidos políticos tradicionales antes que vecinos del barrio. Señalo el contraste con las experiencias anteriores para remarcar una vez más la importancia de compartir una misma representación interna que le permita a los actores sentirse co-actores, co-protagonistas, co-autores... en lugar de pelearse por un lugar de mayor poder o de mayor prestigio, con mejor sueldo, etc., como suele ocurrir a los políticos que prometen participación pero luego, en lugar de alegrarse por un pueblo que se empodera, que se auto-organiza y auto-determina... les cuesta “ceder”

el podio, desde el cual lograban apropiarse de los aportes de todos para erigir su propio monumento en memoria de sí mismos.

Antes de la presente Pandemia vimos enormes movilizaciones populares en Ecuador, en Chile, en Colombia, en Bolivia, y también aunque por otros motivos en Argentina, a propósito de una pretensión de la justicia de otorgarle un beneficio llamado del “dos por uno” a militares condenados por haber reprimido y desaparecido a dirigentes sociales y políticos durante la dictadura militar y también ante un proyecto de minería contaminante en la provincia de Mendoza. En ambos casos se logró revertir estos intentos merced a la movilización popular. En el caso de Bolivia las movilizaciones lograron restituir al gobierno popular que había sido derrocado ilegalmente. En el caso de Colombia las protestas volvieron a aflorar a pesar de la pandemia, al igual que en Chile donde lograron forzar una reforma constitucional para reemplazar la que había dejado el dictador Pinochet. En todas estas movilizaciones se enarbolan pancartas muy grandes gracias a que son levantadas por muchos brazos; los gritos se hacen sentir porque son compartidos por muchas gargantas y finalmente los deseos de los pueblos movilizados se hacen posible, justamente porque es el pueblo el que legitima tales reclamos. En todos los casos mencionados –a los cuales podrían agregarse otros miles de ejemplos-, los protagonistas compartieron una mutua representación interna de lo que estaban siendo y haciendo con otros. Se sintieron un solo cuerpo.

El sentido original de la palabra cuerpo es “un conjunto de sistemas independientes que se unen para formar otro principal”⁴. Por eso se dice cuerpo de ejército, cuerpo de bomberos, cuerpos legislativos, cuerpo docente, cuerpos de baile, etc.. Un individuo que desea ser soldado no empieza por colocarse un traje, comprar un arma, declarar una guerra, etc. Lo que hace para estar siendo un soldado es alistarse en un ejército. Estar siendo soldado es algo que está siendo con otros, como parte inescindible de un cuerpo de ejército, De modo que ser parte de ese cuerpo no lo hace menos soldado, al contrario es la condición de posibilidad, es lo que lo hace posible. Lo mismo cabe decir de los bomberos, de los docentes, los legisladores, etc. Si observamos la naturaleza vemos que ocurre lo mismo. Sólo podemos explicar una hoja de un árbol si vemos a ese árbol y a ese árbol enraizado en la tierra, en contacto con la humedad del suelo, la luz del sol, etc. Podemos distinguir semánticamente una ola y hablar de una ola como si existiera por sí misma, pero la razón de ser de una ola es estar siendo una ola de un mar. Más allá de la pretensión occidental de “ser” (uno mismo sin los otros) es evidente que siempre se es con otros y –de acuerdo a la teoría del big bang, somos

⁴ <http://etimologias.dechile.net/?cuerpo> (diccionario chileno)

uno antes que muchos. A este “estar siendo con otros” podríamos llamarle dimensión relacional de la existencia.

Podemos considerar la dimensión relacional de “cuerpo” en dos sentidos: por una parte se trata de algo que está ocurriendo: nos vestimos gracias a otros que fabrican las prendas, nos alimentamos gracias a otros que cultivan, encendemos una luz o hablamos por teléfono porque otros se ocupan de generar la electricidad, la telefonía, etc. No hubiéramos sobrevivido si no nos hubieran alimentado, vestido, aseado durante muchos años desde que nacimos. Junto con ello nos enseñaron valores, nos educaron según reglas, nos infundieron creencias, nos legaron un idioma...No es difícil darse cuenta que estamos siendo con otros, como tampoco es difícil, como ya dijimos, registrar nuestro estar siendo uno con la naturaleza: somos un 70% de agua, nos hidratamos gracias a las lluvias, los ríos... respiramos el oxígeno que producen las plantas, gracias al sol, filtrado por la atmósfera en un delicado equilibrio del cual dependemos: no podríamos sobrevivir sin ese oxígeno, sin las plantas, sin el sol, sin la atmósfera e incluso la presión atmosférica y la gravedad que nos mantiene pegados a la tierra...etc. Es bastante evidente aunque no lo tengamos constantemente presente, que estamos siendo uno con la naturaleza y con los demás.

Por otra parte estar siendo con otros es el resultado de una decisión y de unas acciones que de hecho hacemos continuamente. Construimos eso que estamos siendo, con cada otro ¿cómo? Con lo que le decimos, con el modo como lo decimos, con las opciones que tomamos, con las actitudes –de solidaridad o de abandono-, con los proyectos que compartimos con otros. De ese modo nos convertimos en eso que decidimos estar siendo con otros. Algo así ocurre con nuestro vínculo con la naturaleza: podemos elegir ser los custodios de su armonía o sus dueños, quienes la cultivan o quienes la explotan o contaminan, etc.

Así lo entienden todos los pueblos originarios de América y otros pueblos del mundo como los Dogon del África o los Canacos de Oceanía. Y también se vivía de acuerdo a este concepto de cuerpo en la Europa pre-moderna. El olvido de esta dimensión relacional a partir de la exagerada afirmación de la sola dimensión singular de cuerpo ocurre en la modernidad europea. Personas acaudaladas encargan a los pintores retratos de sí mismos para perpetuarse. Anatomistas realizan disecciones, a veces en teatros públicos y a esos cadáveres –sin voz, sin nombre, sin familia, sin ocupación o gremio de pertenencia-, le llaman “cuerpo”. El descubrimiento de que el corazón bombea la sangre la cual circula por todo el cuerpo purificándose en los pulmones... les hace imaginar que están frente a un mecanismo que tiene un componente activo que mueve y un componente pasivo que es movido.

Este pensamiento será el sustento de la filosofía “mecanicista” y adquirirá legitimidad académica con Descartes quien hablará efectivamente de un cuerpo (principio pasivo, mera “cosa extensa”) y un alma (principio activo, una “cosa que piensa”.) produciendo, además de un definitivo dualismo, un curioso desplazamiento del principio activo desde el corazón hacia el cerebro como alojamiento del alma “racional”. La práctica médica comienza a interesarse por ese cuerpo como si se tratara de un mecanismo que puede descomponerse y necesita ser reparado. Junto con la imprenta aparece la lectura y la escritura de un diario como actividades solitarias. Pero además avanza la sociedad industrial y su necesidad de cuerpos sanos, fuertes, y dóciles. Y se apela a la escuela como el instrumento del bio poder que puede producir esas “manos de obra” para las fábricas. El maestro será el principio activo que enseña y el alumno (alumen) quien se nutra, pasivamente, de los conocimientos, sin el valor agregado de su imaginación ni el aporte de su particular inteligencia en el proceso de construcción de los mismos. Del mismo modo los obreros serán el principio pasivo, del propietario de la fábrica; el pueblo será el elemento pasivo y el gobernante como el principio activo que gobierna. El actor, principio activo y el espectador principio pasivo, etc.

Más allá del prejuicio mecanicista y racionalista, el desocultamiento de la dimensión singular de las personas podría haber complementado el sentimiento comunitario enriqueciendo los proyectos compartidos con los aportes de cada uno. De hecho ha posibilitado el descubrimiento de las inteligencias múltiples de las cuales cada persona desarrolla una en particular, ha significado la posibilidad de formular los derechos individuales, desplegar las cuestiones de género, alentar la libre iniciativa, con lo que ello ha significado para el progreso humano, etc. Lamentablemente el olvido de la dimensión relacional, ha convertido a la dimensión singular en individualismo, egoísmo, ambición desmedida por tener más que otros, despojando al individuo de la experiencia y la alegría de estar siendo un don para otros, un aporte co-imprescindible en un proyecto compartido, dificultando enormemente la posibilidad de experimentar la reciprocidad, teniendo que estar constantemente defendiendo el propio puesto de trabajo, los propios logros, el propio prestigio... en lugar de estar sintiendo que puede amar y ser amado en cada instancia de trabajo, de juego, de convivencia.

Las dimensiones singular y relacional son en realidad dos caras de una misma medalla y como ocurre con una medalla, sin una cara también desaparece la otra. Pero esta experiencia a la cual hemos denominado participación/comunión no basta enseñarla en una escuela, -aunque ello sería ya un gran avance-, sino que se aprende en un barrio, en una

comunidad donde se viva así. Como dicen los africanos “para educar a un niño se necesita una aldea”

En efecto participar es articular iniciativas y reivindicaciones en un proceso de recreación permanente del sentido y del significado de la co-existencia, para la reconfiguración permanente de la organización social. Avanzar hacia ese horizonte de sentido sin duda comienza por la provocación de la experiencia de participar, a partir de reconocerla en los lugares donde ya está ocurriendo, aunque sea en los márgenes de la historia oficial; valorarla, premiarla, conmemorarla, promoverla desde legislaciones y presupuestos, desde políticas públicas: hacia una educación participativa, hacia una medicina participativa, hacia una economía participativa, hacia un arte participativo, etc..

3 PARTICIPACIÓN/COMUNICACIÓN: LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DEL SENTIDO

Decíamos que a través del lenguaje, verbal y no verbal, construimos eso que estamos siendo con otros. Aristóteles definía al ser humano como un viviente (hecho) de palabras⁵. Muchos pueblos originarios hablan del hombre como *una palabra que camina*. Los Incas decían “puedo ver tu futuro en el aire que sale de tu boca” (en lo que dices). El Talmud declara que Dios le dio al hombre la palabra para que pudiera construir el mundo. Según el autor del Génesis de la Biblia judeo-cristiana, Dios *dice* antes de hacer: “y *dijo* Dios, hágase la tierra...y para explicar el misterio de la encarnación escribe: “el verbo (la palabra) se hizo carne”. De hecho todas las religiones recomiendan orar (decir oraciones) para conectarse con lo divino. La palabra es, como se dice en oriente, eso “sutil que mueve a lo denso como el aire mueve las hojas”. Quizás por eso Gandhi pedía “que la palabra preceda tus actos”.

Por cierto no nos referimos a las palabras “huecas” esas que caen como lluvia indeseada sobre los paraguas de desinteresados escuchas, sino a las “palabras plenas” esas que “también el que escucha, está hablando” porque expresan la intercorporeidad de los hablantes. Palabras que interpelan, que generan vínculos, que curan (o enferman), que construyen sentidos, significados, que configuran mundos, no según la significación que le atribuyen los diccionarios sino la que le otorgan los hablantes en un determinado contexto comunicacional. Los Wichí padecieron el poder de la palabra. Wichí significa hombre pleno o plenitud

⁵ Zóon lógon échon = un viviente dotado de – o hecho de- palabra. (Zóon –viviente- se tradujo en occidente como “animal” y Lógon -palabra, verbo, pensamiento- se sustituyó por “ratio” y así se le atribuyó a Aristóteles esa imagen centáurica del sí mismo como “animal racional”)

humana. Así se nombraban a sí mismos esos pueblos originarios hasta que los españoles los rebautizaron como “matacos” (animales de poca monta).

Al hablar de los “actos del lenguaje” Echeverría (2005) describe tres: la distinción, el juicio y la narrativa. La distinción es ese acto por el cual recortamos un fragmento de un todo –de por sí inescindible– como cuando hablamos de una llama (de un fuego), de una hoja (de un árbol) o de una ola (de un mar), lo cual nos permite luego hablar de esa parte escindida como si existiera por sí misma, desconectada de ese todo mayor sin el cual en realidad no existiría o estaría agonizando. Algo así debió ocurrir durante ese proceso al cual nos hemos referido antes y por el cual en un pequeñísimo lugar de la tierra, llamado “Europa”, se logró recortar a una persona, escindirla de su gremio, de su comunidad y de la naturaleza –sin todo lo cual ésa persona no existiría o estaría agonizando– y recortar a su vez a una parte de esa persona, a la cual se denominó “cuerpo”, como si pudiésemos ver cuerpos deambulando por allí. A nadie se le ocurriría regalar una llama o una ola ni decirle a su hijo cuida tu llama, cuida tu ola. Pero sí decimos cotidianamente cuida tu cuerpo. Estas frases: “Tengo un cuerpo”, “debo cuidar mi cuerpo” han sido las más elegidas como representativas del concepto de cuerpo que tienen docentes y estudiantes en varias encuestas que realicé antes de los seminarios que dicto sobre “cuerpo y narrativas”. De modo que a su vez debió ocurrir otra construcción de sentido, tal vez vinculada al naciente concepto de propiedad privada y así como le decimos a un niño: arregla tu pieza, no manches tu ropa, guarda tus juguetes... nos resulta natural decirle cuida tu cuerpo.

Esta construcción semántica devenida imaginario social, sentido común, facilita el egocentrismo y dificulta enormemente la recuperación de nuestra pertenencia a una sola familia humana. El lenguaje cotidiano vuelve fatalmente a provocar en nosotros una imagen de individuos escindidos, facilitando el “sálvese quien pueda”, la “meritocracia” y demás disfraces del egocentrismo como sistema social. Aunque sabemos que es una construcción semántica, esa representación interna que se produce en nosotros cuando decimos “tengo un cuerpo” funciona como una “subjetividad operativa”, como si fuésemos seres auto sustentados, escindidos en nosotros, de los otros y del ecosistema.

La participación en la construcción de una escena deseada, incluirá necesariamente la recuperación del sentido original de la palabra cuerpo como lo que estamos siendo con otros. Y este es sólo un ejemplo de cómo el lenguaje construye realidades. La palabra corregir ha adquirido el sentido de un acto unidireccional de alguien que evalúa a otro, en vez de designar ese acto de recíproca colaboración: co-regir, regir juntos. Hasta la palabra compartir parece

aludir a un acto de generosidad de uno hacia otro mientras nació como ese acto de los compañeros que compartían el pan. Los ejemplos serían innumerables.

Además de recuperar el sentido relacional de algunas palabras es preciso inventar nuevas palabras para poder expresar y de ese modo ayudar a concebir como posible el cambio deseado. Sobre todo será necesario construir nuevas narrativas que den cuenta de las experiencias que se estén pudiendo hacer y de ese modo desmentir que sea imposible y contribuir a hacerlo posible.

La creación social de sentidos y significados es permanente. Se trata de verdaderas batallas por el sentido es decir por la interpretación de los hechos que cada sector considera más acorde a sus propios intereses. Una agencia gubernamental hablará de sediciosos armados que generan violencia, al mismo tiempo que líderes sociales denuncian feroces represiones por parte del Estado ante sus legítimos reclamos expresados pacíficamente. Alguien hablará de progreso y prometerá puestos de trabajo mediante un proyecto minero mientras otros denunciarán contaminación de los ríos, talas indiscriminadas, turbios negocios para pocos, etc. El objetivo final de estas batallas por el sentido es la instauración de una de estas interpretaciones como “sentido común” y de ese modo asegurarse su perpetuación. Para promover desde el lenguaje una sociedad más equitativa a partir de una mayor participación es preciso generar sistemas de producción y de difusión de nuevas narrativas que permitan concebir el cambio anhelado como posible y por lo tanto aprovechar las oportunidades de hacerlo posible. Las narrativas habrán de ser lo suficientemente fecundas y “viralizables” y los sistemas de producción/difusión estar diseminados por todas partes, para compensar los monopolios de la información y sus nuevas tecnologías capaces de acumular y procesar infinidad de datos (Big data) y de difundir noticias falsas construidas con herramientas emocionales que no buscan convencer con razonamientos lógicos sino generar adhesión, ya sea para vender productos o para instalar candidatos mediante sistemas automatizados de difusión masiva tan eficaces como peligrosos. De modo que la producción/difusión de estas nuevas narrativas en favor de una organización social más participativa ha de ser necesariamente muy participativa por esa doble razón: por el tamaño de la maquinaria con la que hay que competir y porque no hay que transformarse en otra maquinaria igual para lograrlo, es decir no convertirse en un emprendimiento propagandístico sino en las venas y arterias por las que circulen, como sangre que oxigene al cuerpo social, las experiencias vividas.

El lenguaje no es sólo un discurso oral o escrito. Además de la educación formal y no formal, existe el arte como espejo que atrasa y que adelanta, como memoria de lo que

aconteció, como alerta de lo que está aconteciendo, pero sobre todo como anticipador estructurante de una escena deseada.

En Latinoamérica conocimos la experiencia del “teatro del oprimido” del brasilero Augusto Boal (1974) y del llamado “teatro Participativo” que en sus distintas variantes convoca al involucramiento directo de los “espectadores” para la construcción –participativa- de la escena deseada.

Borriaud (2006), es uno de los que más remarca el factor relacional en la práctica artística. El arte, dice es ese acontecer del encuentro, de la proximidad, donde se ejerce la resistencia al formateo social. La intersubjetividad forma el sustrato, el estar juntos, la elaboración colectiva del sentido: “*el arte es un estado de encuentro*” . (Por eso) la actividad artística es un juego que precisa de la participación del receptor, no ya para adquirir sentido sino incluso para existir. La obra carece de esencia, no es un objeto, sino más bien una “duración”, el tiempo en que se produce el encuentro.

Wegner (2019) comenta:

“Parece más urgente inventar relaciones posibles con los vecinos, en el presente, que esperar días mejores” .La propuesta de Bourriaud, -la presencia del factor relacional en la práctica artística- tiene que ver con “la imperiosa necesidad de animar la recuperación y reconstrucción de los lazos sociales a través del arte en el seno de nuestra actual sociedad, una sociedad de sujetos escindidos, aislados y reducidos a la condición de meros consumidores pasivos”.

4 CONSIDERACIONES FINALES

Dentro de la brevedad de este artículo hemos tratado de abarcar una descripción de la participación como camino hacia una co-gobernanza fraterna. Hemos explicitado el concepto de participación, hemos señalado algunas huellas de ese futuro, las simientes ya sembradas aquí y allá, en los márgenes de la historia oficial. Hemos señalado algunos criterios para la construcción de las condiciones de posibilidad de una experiencia de participación que sea ese primer paso hacia el horizonte anhelado. Hemos mencionado al lenguaje, a la educación y al arte como algunos de los recursos imprescindibles para la concreción de este proyecto político, social y cultural. Haciendo la salvedad de que sólo en una “aldea” donde se viva la práctica cotidiana de la participación puede sostenerse la esperanza didáctica de que las nuevas generaciones adquieran una cultura participativa. Hemos señalado como criterio para una educación participativa que el niño sea considerado interlocutor válido y con posibilidades y derechos de participar en la construcción del sentido y del conocimiento. También hemos propuesto algunas experiencias de teatro participativo, a las que pueden agregarse experiencias similares en otras ramas del arte y juegos colaborativos, como

herramientas útiles para que los niños y jóvenes puedan conceptualizar los ejemplos de vida de sus adultos significativos.

Hemos dicho en fin que una gobernanza participativa comienza por la palabra plena que genera opciones de reciprocidades positivas y da lugar al “entre” de un nosotros interactivo. Se fortalece mediante la articulación de los aportes intersubjetivos de acuerdo a una administración del poder desde un modelo multicéntrico relacional y se convierte en sentido común mediante narrativas que den cuenta de la experiencia lograda y contribuyan a su naturalización.

Previsiblemente este proceso crecerá como el trigo en medio de cizañas y como un andar entre abismos tentadores que ya han demostrado su idéntica falacia. La libertad y la igualdad deberán ser rescatadas y liberadas, recuperadas como frutos de la fraternidad al tiempo que ésta sea explicitada como reciprocidad dinámica, poliédrica⁶, interactiva, inclusiva y no conclusiva de una escena final o un punto de llegada sino como llegando siempre a nuevos puertos de partida.

Como ninguna otra cosa la participación es una decisión política pero se trata de una decisión que demanda un renunciamiento a un tipo de poder,-como pódima y como podio-, superar esa ambición de dominar, de mandar, de aprovecharse de los demás... pero que permite asumir ese otro poder: de hacer-con-otros, de co-protagonizar, co-producir, co-crear y disfrutar de estar siendo con otros; sentir esa felicidad del estar bien: con uno mismo, con el otro, con la naturaleza, como nueva forma de “bienestar”.

Apenas aparece una política de un gobierno (gobernanza) con intenciones de empoderar al pueblo y fomentar la co-gobernanza, rápidamente aparecen nuevas políticas públicas. En el área de la escolaridad o educación formal, para fomentar el sentido de pertenencia a la propia ciudad, se me ocurren las siguientes:

- Incluir en los programas de formación docente el estudio de las leyes de la ciudad que permiten o dificultan la participación ciudadana.
- Incluir en los estudios de grado y de posgrado análisis críticos de las leyes que permiten o dificultan la participación ciudadana y en general las leyes que rigen la administración de los recursos públicos.
- Organización de foros en escuelas. Elección de representantes para foros interescolares: donde se discutan propuestas de modificación de leyes e instrumentos de aplicación de las mismas.

⁶ Término utilizado por el Papa Francisco en contraposición a la esfera en la que desaparecen los aportes singulares y diversos.

- Elecciones de representantes escolares para formar parlamentos de jóvenes que promulguen leyes las cuales sean elevadas a las cámaras legislativas para su tratamiento y eventual aprobación.
- Organización de foros y encuestas: “qué harías si fueras intendente”, difusión de resultados y compromiso de los candidatos a tener en cuenta esas iniciativas.

REFERENCIAS

BOURRIAUD, Nicolás. **Estética relacional**. Buenos Aires: Adriana Hidalgo. 2006.

BOAL, Augusto. **Teatro del oprimido**. Buenos Aires. Alba. 1974.

DEL PERCIO, Enrique. **Ineludible fraternidad**. Buenos Aires. Cicus. 2014.

ECHEVERRÍA, Rafael. **La Ontología del Lenguaje**. Santiago de Chile: Granica. 2005.

FREIRE, Paulo. **Pedagogía de la esperanza**. Buenos Aires: Siglo XXI. 2008.

IVERN, Alberto. **Hacia una Pedagogía de la Reciprocidad**, Ciudad Nueva, Buenos Aires: Ciudad Nueva. 2007.

IVERN, Alberto. **Hacerlo posible, autoorganización, proyectos compartidos y procesos de aprendizaje**, Buenos Aires: SB. 2007.

IVERN, Alberto. **Decidimos nuestro destino**, Kier, Buenos Aires: Kier. 2016.

LARROSA, Jorge. **La experiencia de la lectura. Estudios sobre literatura y formación**. México: FCE. 2013

LARROSA, Jorge. “**Experiencia (y alteridad) en educación) concepto de “experiencia”**”

MORIN, Edgard. “Elogio de la metamorfosis”. Diario **el País**. Montevideo. 17/01/2010

WENGER, Rodolfo C. **La estética relacional de N. Bourriaud**. 2019 Recuperado de: <http://perspectivasestéticas.blogspot.com>.